

A Don Manuelito Mercader Martínez. Sus sueños, compromisos, liberación y hasta... de Pedagogía

Jorge Alberto Ortiz Mejía

Maestro en educación. Profesor-Investigador de la Universidad Pedagógica Nacional. Unidad Mérida. jaortizmejia@gmail.com

“Pero esta lucha de clases no puede reducirse al nivel socioeconómico, debe extenderse también al campo ideológico, ya que la clase dominante genera una serie de justificaciones ideológicas que impiden el reconocimiento de esta lucha y adormecen, mediante los medios de comunicación social en su poder, la conciencia colectiva frenando la acción revolucionaria. La lucha ideológica tiene como fin la liberación de las conciencias de los oprimidos”.

Manuel Mercader Martínez en: Cristianismo y
Revolución en América Latina. Jesuita (+)

¿Cómo llamar a D. Manuel Mercader Martínez Maestro?, creo nunca se lo dije, no podía concebirlo en esta categoría; lo percibía y sentía como D. Manuelito; él así lo entendió y lo entendimos ambos a fin de cuentas. El resultado de sentir a la persona resulta tan subjetivo, como es la vida misma con sus tantos colores, sabores con sus tantos sinsabores y descolores.

Él, en su compartir evitaba entrar a las discusiones pedagógicas soberbias del alto mundo de los petulantes, de los soberbios, de aquellos que necesitan justificar para colgarse de la realidad. Tenía siempre la charla amable, la pregunta sencilla tan profunda, con tantas connotaciones e interpretaciones. No soy quién se atreva a cuestionar a algunos de sus alumnos, más a veces parecía no lo entendíamos, porque la idea se dejaba entrever, no se atrevía a dar respuestas de todas las cosas, se daban en otro nivel donde el ser humano debe soñar o anhelar. Tampoco quedaban en el nivel de lo

anecdótico lo simplista lo cotidiano, como tampoco quien necesita de un programa de estudio vuelto recetario de cocina; salía del nivel empírico donde a veces queda atrapado el pensamiento, ante las limitantes impuestas por la vista, el oído, los sentimientos o la dimensión simbólica.

La idea, la colocaba en el momento oportuno, no la provocaba para evitar que la misma se desbordase, la ponía en el aire con el propósito que no habláramos un momento, para tener tiempo de suspirar lentamente y sentirnos en nuestra profundidad y de allá empezar a volar lentamente en el espacio de los fantasías y la creación; este proceso tan difícil de realizar, pero a veces más complejo percibirlo. Quizás a este quehacer intentó llamarlo “La Pedagogía del silencio”, tal vez quiso ponerle otro nombre a fin de cuentas la situación lo obligó a ponerle a los sueños y a la imaginación un nombre. Así nos mostró la realidad nunca acabada, nunca dada, nunca construida, nunca impuesta, por qué el cómo hermano Jesuita del compromiso con las mayorías y con los que menos tienen, no se atrevía a tener la verdad en la mano, se acercaba al pensamiento socrático de propiciar a través del diálogo la reflexión, y la más profunda de las reflexiones, la propia, la de uno mismo desde lo intrínseco de cada persona.

Evitando pensar que enseñaba pedagogía o comunicación se acercaba a reflexionar sobre la pedagogía y la comunicación en el nivel freireano de la dialogicidad. Más que en el sustento de la ciencia, la conciencia construida y reconstruida con sostén dialéctico. Parece fácil acercarse a estos niveles pero lo más difícil resulta aplicarlo a los alumnos para que ellos sintieran y percibieran la intención del cómo acercarse a que cada quien construyera su conocimiento, su realidad, su verdad, y si fuese posible crear una Didáctica para sus alumnos y para uno mismo en el proceso del propio aprendizaje donde todos aprendemos de todos entre todos. Aparentemente resulta ambicioso, pero creo que el maestro que no tiene sueños y no es un loco no debe ni puede estar ante sus alumnos, así nos percibía D. Manuelito.

Nos veía con sus tantas miradas, porque comprendía que somos tan diferentes, como le decía al último de sus alumnos: “a quién está atento a tantas ideas, a tantas personas, a tantas cosas, a lo que mueve, a todo lo que da señales de lo que existe” y él se preguntaba ¿estará atento a sí mismo?”.

Pero profundiza cuando le dice: “cuando viajo por los mil vericuetos de tus escritos, me asombro y veo tantas realidades y tantas posibilidades, cuántas líneas hay en tus escritos. Pero a veces sufro alucinaciones, y las explosiones que se agolpan en unas todas – hablo de tus ideas amontonadas, expuestas y criticadas al mismo tiempo, anunciadas e ironizadas a un mismo tiempo– me paralizan y me dispersan” y continúa diciéndole y preguntándole “ pienso y sigo contigo a pesar del aturdimiento y descubro una vitalidad y unas utopías que no permiten medir los pasos, dirigirlos y encontrar algo que tú, tal vez, ya has encontrado. Identificas, te identificas, te opones y en esa selva virgen se queda uno atorado y buscando luz y camino”.

Trata de terminar el diálogo con su alumno “pero vive tus tormentas, gózalas, escúchala bien, te descubrirás en ellas a ti mismo y algún día te verás mejor a ti mismo y te sorprenderás y nos sorprenderemos de la fuerza de tus argumentos y de la belleza de tus sentimientos” e intenta terminar un diálogo nunca concluido, ahora te siento y te percibo como “Tu hermano”.

Cuántas veces hemos querido decirle algo parecido y no lo hicimos o no nos atrevemos a hacerlo, expresar que bello es el día, o sabes que te empiezo a querer a pesar cómo eres, a tu compañera, al alumno o a uno mismo y nunca lo hicimos.

D. Manuelito, lo realizó, envió una carta a cada uno de sus alumnos, a sus compañeros y hermanos, en ese afán de aprender a ser más humanos porque a fin de cuentas los sistemas, hasta los pedagógicos necesitan de este sustento. Parece ser que el mejor aprendizaje y enseñanza que tuvimos de D. Manuelito, el nunca maestro, él nunca poseedor de la verdad, menos de la ciencia, fue el amor que le tenía a sus semejantes. ¿Cómo darle las

gracias?, creo nunca se las podremos dar, creo lo mejor de todo esto es tratar de hacer lo mismo con todos nuestros hermanos, así estaremos dando un homenaje a D. Manuelito Mercader y al género humano.

“Del último de sus alumnos: Jorge Alberto Ortiz Mejía”.